

Cuando esto se publique ya habremos pasado la celebración del 4 de julio, y estaremos en vísperas de celebrar el 14: ya habremos oído hablar de Washington, y Valley Forge, y de Mr. Hoover, y estaremos en inminencia de oír hablar de los Estados Generales, de la Bastilla, y de Joffre, Foch y Clemenceau; ya se habrá tocado marchas de Philip Sousa y se prepararán coros escolares a entonar *La Madelon*. Para otras partes del mundo esas fechas serán de fiesta de la Libertad. Para nosotros en la América tropical el festejarlas es señal de libertades perdidas. Mientras haya soldados norteamericanos en territorio nuestro, mientras haya interventores dizque peritos económicos manejando como factorías nuestras fuentes de riqueza, mientras estemos supeditados a compañías yanquis o bajo amenaza de ellas, celebrar el 4 de julio es un acto de sumisión ante el que todo espíritu libre sentirá retorcimiento de tripas. Asimismo celebrar el 14 de julio es un acto de hipocresía en nuestras tierras tiranizadas, erizadas de Bastillas, en nuestras tierras intelectualmente colonizadas y de rodillas ante la mentida luz de una Francia que no es menos sino más cruel dominadora de pueblos débiles que los Estados Unidos. La libertad norteamericana no es nada nuestro. Ello es tan obvio que a nadie precisa convencer. La libertad francesa, en cambio, aún tiene partidarios, entre los ignorantes de que Francia es más imperialista aún que los Estados Unidos, y de que hay cien pueblos que gimen bajo el yugo de la *République Française*, pueblos por los que si no sentimos cariño de hermano seremos indignos de ser libres. Al celebrar esas fechas se rinde culto a las grandes democracias actuales. Por eso se recuerda a Mr. Hoover y a Foch. Y las democracias actuales, acaba de decir Romain Rolland, «son imperios.» De manera que el 4 de julio y el 14 son fiestas imperialistas. «Las democracias de hoy son imperios; algunos dirán que vampiros. Estas fieras de garras y colmillo se han dividido el cadáver del mundo. Su apetito es inmenso. Se atragantan con el oro y la sangre de pueblos veinte veces más numerosos que ellas... Nosotros los franceses, que dejamos que el león británico hiciera suya esta magnífica presa (la India) en los días del desgraciado Lally y de Luis el Bienamado, supimos desquitarnos tiempo después... Por supuesto que nos hicimos de una cuarta parte del planeta para llevarle la luz de nuestra civilización, nuestra cultura, y nuestro idioma, que son los más bellos y perfectos de todos. Pero nuestros afortunados pupilos tienen la falta de gracia de preferir lo suyo... Nuestro imperio indo-chino ya ha manifestado los primeros sacudimientos de su despertar, que los procónsules de nuestra democracia, naturalmente, han ahogado en sangre.» Razón tiene, y de sobra, Romain

Persiflage

— Colaboración directa —

Homenaje a Erasmo de Rotterdam

Para don Carlos Luis Sáenz, quien a pesar de ser Profesor de Estado es hombre de letras, y porque, no obstante estar al servicio del Gobierno en educación pública, ama sobre todas las cosas su propia libertad y la de los demás.



Erasmo

Por Holbein

Rolland, para declarar que esa «Diosa de la Razón, con sus pezones en flor, portadora del nuevo Evangelio de los Derechos del Hombre,» es una máscara debajo de cuyos afeites «el mundo conoce ya el hocico de tigre» que tiene. Y es en este ambiente de fiestas del 4 de julio y del 14, en estos días de canilla paralela con el suelo, de nalgas sobre los talones y de frentes que tocan el polvo, cuando diputados del soberano congreso piensan decirle a Mr. Hoover que en su sabiduría nos confeccione un plan económico para la América Latina. «¡Pobres ovejas!» exclama, con razón, y de sobra, Romain Rolland. Y hablando en nombre de las ovejas, dice: «Si el lobo fuera todo cuanto nos amenaza, sabríamos guardarnos de él. ¿Pero quién nos protegerá del pastor?» La escuela debiera dar cierta protección, si no ¿para qué es la escuela? Y ya véis: la escuela, la escuela sobre todo, celebra el 4 de julio y el 14 y oímos en la escuela las marchas de Souza y *La Madelon*, los elogios de Washington y Hoover, de Joffre, Foch y Clemenceau. Asqueado de estas cosas; hundido en dolor de ver tanta inconsciencia, hallo consuelo recordando que hay una fecha entre el 4 y el 14 de julio digna de conmemoración por hombres de escuela: el 12 de julio, que ese día, en el 1536, murió Erasmo de

Rotterdam, de quien nos debe Romain Rolland (y debemos pedírsela) una *Vida ejemplar* más.

Hijo de Rogerius Gerhardus, de Rotterdam, habido fuera del hogar, Erasmo nació el 28 de octubre del 1446. Se le bautizó con el nombre de Gerhardus Gerhardi. Gerhardus es apelativo derivado del vocablo alemán *gieren* que es como si dijéramos en romance «desear» o «anhelar apasionadamente.» Cuando aprendió latín el joven se hizo llamar Desiderius, su nombre traducido, y cuando se enamoró del griego, se firmó sólo Erasmus que lo mismo significa. De Erasmo alguna vez habréis oído hablar. ¡Cómo quisiera yo que lo tuviéramos por guía!

Erasmo se hizo sacerdote, se hizo monje de la orden de San Agustín. No había remedio para ello. Se entraba a la escuela en aquellos tiempos por las amplias puertas de la Iglesia, puertas que se han vuelto tan estrechas, y Erasmo era hombre de escuela, el hombre ideal. Cuando Fray Servacio, su superior, le reconvino amorosamente de que trataba con demasiado espíritu crítico fuera del monasterio las cosas de la escuela; cuando le recordó que «la ropa sucia se lava en casa,» y que no callar era no querer la escuela, Erasmo dulcemente dejó el monasterio y se dedicó— ¡oh maestro ejemplar!— a hacer del mundo todo la escuela perfecta. Condes, duques, príncipes, reyes, emperadores, papas fueron sus discípulos. Mountjoy se lo llevó a Inglaterra; Enrique VIII aprendió de él; enseñó a ratos en Oxford y en Cambridge; enseñó a ratos en la Soborna; enseñó a ratos en las universidades italianas; Carlos V le otorgó pensión; León X, Julio II, Clemente VII y Pablo III fueron sus amigos y le ofrecieron dignidades, de obispo, de arzobispo, de cardenal, que él, para conservarse libre, rehusó; Cromwell le admiraba y le enviaba dinero; las monjas de Colonia le daban sus mejores confites; Holbein pintó su retrato, obra maestra que se conserva en la Academia de Bellas Artes de Parma; los obispos ingleses,—Warham de Cantorberi, Foxe de Winchester, Fisher de Rochester, y el célebre Cranmer a quien Shakespeare ha inmortalizado,—se enorgullecían de ser amigos suyos; en Italia el famoso editor Aldo Manucio lo había hecho de su círculo veneciano que integraban Marco Musuro, Juan Lascaro, Bautista Ignacio, Pablo Bombasio, Escipión Carteromaco, nombres todos venerados por quienes al humanismo se dedican; en Inglaterra también fue huésped de Tomás Moro en Bucklersberi; en Basel, Alemania, enseñó a Beato Rhenanio.— «*summus Erasmus observator*,» — a Guillermo Nesen, a Ludovico Ber, a Enrique Glareano, a Nicolás Gerbelo y a Juan Oecolampidio. ¡Qué escuela la suya! Y nadie como él para hablar mal de ella.

«Soy capaz de disimular.» escribe en

(Pasa a la página 15)